
Tríptico apoyado en un precipicio

La Mujer que Miraba

Uno

Llovía lánguidamente. El hombre conducía su vieja furgoneta amarilla por un camino cada vez más oscuro, ascendiendo por la montaña como quien se adentra en el intestino de una serpiente que va retorciéndose a medida que sube por las piernas de la noche. El traqueteo por el estado pésimo de ese camino era cada vez mayor, y el desvencijado coche se quejaba en cada bache, con cada rama que esquivaba, y chirriaba al atravesar los charcos que eran ya negros como los ojos de un cuervo temblorosos de lluvia. Había ido a la sierra como tantas otras veces acompañado de su perro, un mastín leonés tan bonancible, callado y sobrio que a veces tenía que mirar por el retrovisor para comprobar que, en efecto, seguía echado ahí atrás. Daban una buena caminata y regresaban al atardecer, cuando las sombras de los árboles empezaban a cubrir los caminos. Sin embargo ese día se les hizo de noche, porque quiso tirar por una ruta distinta, aventurándose por un camino hacia poniente, tal vez eclipsado por la belleza de ese atardecer que incendiaba el horizonte con su crisol de colores otoñales. Los caminos y senderos estaban realmente hermosos, cubiertos por un tapiz de hojas recién caídas, y las riberas de los arroyos estaban acolchadas por cojines de miles de hierbas y hojas, cambiantes de color con la luz serena de Noviembre. Todo estaba en calma y armonía y las aves despedían la tarde que caía con sus danzas dulces y acrobáticas. Continuó así conduciendo hasta que se hizo de noche. El camino se volvía cada vez más áspero a medida que ascendía, como una cicatriz en la espalda de la noche, internándose en el fragor de una vegetación cada vez más espesa. Aquellas encinas y quejigos, aquellos pinares y aquellos bosquecillos de robles que parecieron amigables en la luz dorada de la tarde, se iban ahora transformando en procelosos bosques de inconcebibles siluetas, de formas amenazantes que se cernían a ambos lados del camino. El hombre que conducía dudaba si volver sobre lo andado y regresar al punto de partida, o continuar internándose en ese camino que parecía no acabar nunca. Calculaba que no le debía quedar mucho hasta encontrar alguna carretera secundaria, algún lugar conocido o señalizado que le devolviera a casa. Miró hacia la parte de atrás de su furgoneta. Las rotundas patatas y el bostezo despreocupado de su perro le dieron confianza. Por supuesto había probado a conectar el GPS para que le guiase en su ruta de vuelta, pero toda tentativa había sido infructuosa. Lo intentó en varios momentos pero no había cobertura. Buscaba algo que le pudiese orientar, alguna señal, un cortijo que pudiese

estar habitado y preguntar, algún detalle que le indicase donde demonios podría estar. Nada. Su confianza se iba desvaneciendo como la luz de los faros del coche, mermada por una lluvia menuda pero constante. Intentó hacerse un mapa mental de aquella sierra. Calculó un Parque Natural de dimensiones considerables, pero que aún atravesándolo en su totalidad, en el peor de los casos y calculando la velocidad mínima a la que iba, no tardaría en salir de allí más de unas pocas horas, tal vez dos, tres a lo sumo. Eso lo animó pero volvió a desasosegarse al pensar que si no estaría dando vueltas en redondo por aquellos laberínticos caminos. Le daba la sensación de haber pasado por los mismos sitios. Y ese dédalo de vegetación y noche reverberaba en su cabeza con pensamientos circulares que se perseguían unos a otros hasta volver angustiosamente al mismo lugar. Además, empezó a agobiarle la hora que era, y que ella estaría ya preocupada al comprobar que aún no había vuelto a casa. Si le había llamado no tenía cobertura de red. Y conociéndola, seguro que ya le habría llamado varias veces. Quizá ya se había tejido una tupida red de llamadas entre familiares y amigos para recabar información acerca de su tardanza. Pero tal vez nada de eso: ella le habría llamado y habría pensado que como tantas otras veces él había salido sin el móvil. O que simplemente no lo había escuchado, tan distraído y absorto como era. Así que entre estos pensamientos que fluctuaban como su estado de ánimo, basculando de un lado a otro de su cabeza, siguió al volante con ánimo de funámbulo, recorriendo la cortina febril de la lluvia ante las interminables ventanas que se abrían a la noche. De repente algo lo sacó de sus pensamientos. Un animal saltó en mitad del camino. Un ciervo, ahí parado en mitad, sin moverse lo más mínimo. Lo miraba sin pestañear, tan perplejo quizá como lo miraba a su vez el hombre. Sin saber porqué, como hipnotizado, salió del coche. Anduvo unos pasos en dirección al animal, y cuando ya estaba tan cerca de él que podía ver como se evaporaba la lluvia de su cuerpo caliente, el ciervo desapareció. Se fue como una visión, como una alucinación. El hombre subió al coche y continuó conduciendo. Durante largo rato, en alguna curva o de repente, parecía ver al ciervo de nuevo allí, parado en mitad del camino, respirando sin pestañear.

Empezó a batir el viento con más fuerza y las ramas de los árboles parecían moverse como niños arrítmicos agitados por un baile extraño. Hubo un claro en la vegetación y se abrió el paisaje, y con él la vista de una luna inmensa, rajada por el celaje de las nubes de las que caían miles de alfileres que atravesaban las luces del coche. Ahora podía apreciar que ese camino le había conducido a lo alto de una montaña. Desde allí

se entreveían las siluetas de más y más montañas perdiéndose como olas en un océano poblado de árboles infinitos y noche. Tras una curva pudo comprobar el declive de la montaña que se perdía en un barranco profundo como el silencio. No es muy reconfortante mirar al precipicio si conduces, se dijo para sí. Volvió a concentrarse en el camino que ya empezaba a equilibrarse al haber alcanzado lo más alto de la montaña. A partir de aquí se hizo más ancho y menos sinuoso, atravesando lugares donde pensó que el firme merecía llamarse así. Esta idea le hizo sonreír y le animó que conservase su sentido del humor, al que se aliaba siempre que podía. Se relajó y comió algo que llevaba en su surtida mochila y le dio también a su perro, al que siempre le sabía a poco un tentempié. Puso la radio, cruzando los dedos para que hubiera señal, y más aún para que no sonara una de esas canciones de estilo machacón y chabacano que tan de moda estaban y que monopolizaban cualquier emisión musical. Tuvo suerte pero a medias. Ponían copla. Seguro que la oferta radiofónica era mejorable. Cambió. Ahora escuchó un pasodoble. Volvió a cambiar. Una marcha militar y se apresuró a buscar otra emisora. Esta vez oyó la voz personalísima de *castrato* del general Francisco Franco, arengando con meliflua voz pero con poderoso ánimo a los verdaderos españoles. El hombre que conducía estaba confuso, porque aún no era el Día de los Inocentes y sin embargo aquello parecía una broma impecable. Volvió a buscar en el dial, y por toda oferta encontró en Radio Nacional de España, el rezo del rosario, y en la Sociedad Española de Radiodifusión, una entrevista a Pilar Primo de Rivera hablando de la Sección Femenina y los valores de la buena esposa. Apagó la radio. Se encendió la luz de reserva en el salpicadero. Abrió la ventanilla y un puñado de pelos de su perro vino como un enjambre hacia su cara. Subió la ventanilla. El perro comenzó a ladrar nerviosamente. Si lo hacía era por algo, nunca ladraba por ladrar. Tal vez olió algún animal. Al final de aquella recta tras un cambio de dirección, el tronco de un árbol cortaba el camino cruzándose en él. Aminoró hasta detener el vehículo. Entonces llegaron.

Dos

Llovía lánguidamente. La mujer conducía una vieja furgoneta amarilla. Iba despacio por un camino que poco a poco se iba transmutando a medida que la tarde caía. Le encantaba conducir sin ninguna prisa. Poder sumergirse en sus ensoñaciones mientras disfrutaba del paisaje. Era una magnífica tarde otoñal y la estaba exprimiendo

lentamente. Los últimos rayos de sol explotaron en una miríada de colores entre las hojas efervescentes de los sauces y fresnos que bordeaban el camino. Quiso desviarse de la ruta habitual y se dirigió hacia poniente, para así paladear un poco más esa fiesta de la naturaleza. Bajó la ventanilla y abrió la boca, queriendo degustar aquella luz cremosa y aquél aire húmedo que olía a lluvia. Un puñado de pelos de su perro, un portentoso mastín leones que dormitaba en la parte de atrás, vino como un satélite de lanas a orbitar en su cara. O cerraba la ventanilla o la boca. Ambas cosas a la vez no parecían ser buena idea. Ya había oscurecido. Un conejo corrió durante un momento por delante del coche, dando cómicos saltitos hasta que, como si hubiese descubierto de repente la puerta de salida, abandonó el camino y desapareció en la oscuridad. La mujer que conducía siempre había considerado que encontrarse un conejo en el monte era augurio de buena suerte. Lo creía inmotivadamente, porque como tantas otras cosas que pertenecían a la esfera de sus creencias, no estaban basadas en nada salvo en el acto volitivo de querer creerlas, que era tanto como decir “porque le daba la gana”. Y concluyó que “verdad” era todo aquel conjunto de cosas que quería admitir como ciertas, o que quería creer que eran ciertas porque simplemente le hacían la vida mejor. Más soportable o más bella, según el caso. De modo que allí estaba, en medio de sus pensamientos y de no sabía bien donde. Contenta de encontrarse en la línea de puntos del preciso doblez de ninguna parte, conduciendo una furgoneta desvencijada que subía la montaña, como una lenta caricia que asciende desde la nuca a través del oscuro cabello de la noche. Entonces pensó: “Estoy perdida”. Y sonrió. Aquello excitaba su curiosidad de seguir por el sinuoso camino hacia ninguna parte, hacia cualquier parte. Llevaban combustible suficiente como para llegar al bolsillo trasero del mundo. Y una nutrida mochila con comida y bebida. No había problema. Buscó un CD de uno de sus grupos favoritos. Puso un tema que le pareció lo suficientemente acorde con su estado de ánimo y subió el volumen. Su voz rivalizó con él en una Banda Sonora de decibelios considerables. Miró al asiento del copiloto para cerciorarse de que su novio seguía durmiendo. El perro sin embargo estaba despierto. Sabía que su pareja no se despertaba bajo casi ningún efecto sonoro, y que aún no había probado el ataque con drones para conseguir interrumpir su sueño. De hecho, desde que se conocieran, y ya hacía más de tres años que vivían juntos, sólo lo había visto salir de su sueño abisal por algún raro episodio de fiebre o pesadilla. Aún le seguía sorprendiendo que aquel hombre dinámico e inquieto cuando estaba despierto, y aquel oso que hibernaba a su lado dando ronquidos con el cuello retorcido, fuesen el mismo ser vivo. Hasta los continuos traqueteos del coche

parecían acunarle en su buceo por las profundidades oníricas. “¿Y si estuviera muerto?”, se le ocurrió pensar. Miró a su perro y este pareció sonreír con la descabellada idea. Siguió adentrándose en aquellos parajes desconocidos. Tan desconocidos como aquella sensación que la invadía: no saber qué hora era y haber apagado el teléfono móvil. Esto le producía una reconfortante sensación de bienestar. Pensó que con ello cortaba, al menos por ese momento, el cordón umbilical que la unía al mundo virtual, verdadera realidad en la que todos gravitábamos y que le impedía ver, oler y tocar aquella otra que nos rodeaba. Pero ahora el mundo real era más real. Incluso había dejado de llover y la luz láctea de la luna lo bañaba todo.

De repente él se despertó. Como cuando ha habido un frenazo brusco, aunque ella no lo hizo. Estaba envuelto en sudor, aterrorizado. “Lo han matado, lo han matado”, gritaba. Ella paró el coche, e intentó tranquilizarle diciéndole que acababa de tener una pesadilla. Hasta que él no comprobó que no tenía sangre por ningún lado, que su perro estaba bien y que seguía tumbado detrás, no se desasosegó. Comenzó a llorar y ella le abrazó, sanándole como sólo ella podría hacerlo. Entonces él comenzó a relatar todo. Desde que se perdió conduciendo por un camino desconocido a través de la montaña, hasta que un tronco le impidió seguir y paró. Aparecieron ellos. Eran hombres armados, un grupo de quince o veinte. Iban vestidos de forma distinta a la actual, y pensó que más bien parecían algo así como milicianos de la guerra civil española. Le dieron el alto y le dijeron que no se moviese. Lo miraban con expresiones de extrañeza y comentaban entre sí. Uno le pidió que se identificase. Él le dio su DNI. Después de pasárselo entre ellos, tres de los que parecían los cabecillas se tomaron largo tiempo deliberando. Podía escuchar como uno de ellos, al que llamaban “El Polopero”, era partidario de que lo ejecutasen allí mismo, aduciendo que lo que era seguro es que ese tipo tan raro no era ningún paisano de los contornos, y que el enlace de la guerrilla no había aparecido, por lo que se deducía que ese tipo estafalario era un infiltrado de los facciosos que había acabado con él. Para el que parecía ser el jefe, la cosa no estaba tan clara, y empezaron a bombardearle con preguntas. El interrogatorio parecía sencillo de responder pero su perplejidad era absoluta. El hombre que conducía hasta hace un momento en la seguridad de su coche, creía ahora estar volviéndose loco. Todo parecía ser una especie de inocentada macabra, pero esos tipos huraños que le apuntaban no parecían en absoluto bromear. Que si pertenecía a la partida de los traidores de los “Salsipuedes”. Que si era un chivato del puesto de la Guardia Civil de Quéntar. Que si

no sabía lo que les pasaba a los enemigos del maquis...Le preguntaban y preguntaban pero el muro de la lógica se había derrumbado en su cabeza, impidiendo que palabra alguna saliera de su boca. Tras discutir con los suyos, aquel que parecía el jefe se le acercó. Se presentó como José Antonio Quero, capitán de aquel escuadrón de resistentes integrado en el 7º Batallón del Ejército Nacional Guerrillero, pero que todo el mundo en Andalucía los conocía como *La partida de los Hermanos Quero*, y que desde que acabara la Guerra hasta ese año de 1944, allí estaban y estarían en las sierras de Granada, dándoles batalla a los fascistas hasta vencerles. Y que si nada temía en contarle todo aquello era porque su experiencia le decía que ese tipo, por muy raro que le pareciese, no le resultaba peligroso. De momento. Pero que si a resultas de lo que fuese viendo, cambiaba de parecer, no dudaría en reventarle la cabeza con su mauser. Así que en ambos casos, seguiría hablando tranquilamente. Entonces se acercó quién dijo ser su hermano, un tal Paco, que le preguntó si nunca había oído hablar de ellos. Que le extrañaba, y que casi le molestaba más que los desconociera a que les identificara, pues estaban en boca de todo el mundo, tanto de las autoridades como de la gente en general. Los primeros porque les temían y odiaban, deseando darles caza, y el común del pueblo porque se habían convertido en los héroes clandestinos de los corrillos de las callejuelas y placetas del Albaicín, de donde eran. Sobre todo a raíz del pasado mes de Agosto cuando se presentaron en la casa del mismísimo teniente coronel Pedro Segura Lacomba. Este era también el juez instructor de muchos de los procesos que se llevaban a cabo contra los disidentes al régimen en Granada, y responsable de las condenas a muchos de sus compañeros guerrilleros. Él, viendo que aquellos hombres empezaban a relajarse y que algunos se sentaban en corro, se tranquilizó y les preguntó qué fue lo que ocurrió. El propio José Quero narró los hechos que revivía en primera persona. Contó cómo se hizo pasar por un oficial de ferrocarriles en visita de inspección, y como los propios soldados que custodiaban la entrada le escoltaron. Empezaron a oírse las primeras risas cuando relató como la hija del militar le sirvió café y bizcochos, modosita y educada en colegio de monjas, hija de buena familia agasajando prometedora a aquel joven bien parecido. Sin duda desconocía que, sobre aquel que suponía algún gerifalte del régimen, recaían varias condenas por imputársele la muerte de dos guardias civiles del término de Albuñuelas, y dos muertes más en las personas de los confidentes policiales conocidos como los “Guinea”. También por la muerte del chofer del banquero Rodríguez Acosta, uno de los más ricos de Granada, al que secuestraron, consiguiendo más de 250.000 pesetas de rescate. Contaban ufanos

todo ello mientras liaban un pitillo y compartían un trago de aguardiente, que ya empezaba a hacer frío en aquellos montes. José Quero dijo que también le acusaban de la muerte del “Ollafría”, un falangista siempre decidido a participar en los interrogatorios de los vecinos a los que acusaba de *rojos*. Se la tenía jurada porque había torturado hasta dejarle como a un despojo a su amigo y camarada José Liñán, el “Pepe Colino” de la CNT granadina. Sin embargo alguien se le adelantó, ahogando al fascista en una pila llena de estiércol. Brindaron por ello y porque la fecha de la derrota del franquismo fuera pronta. Alguien dijo que a la dictadura le quedaban cuatro misas mal contadas, porque los aliados estaban haciendo retroceder al nazismo hasta su madriguera. Que después vendrían y liberarían a España de las garras de los facciosos. Alguien bromeó diciendo que más de uno ya estaría quemando su camisa azul y sacando la bandera tricolor del armario. Rieron todos, y mientras daban vivas a la República, a los patriotas guerrilleros y al comunismo libertario, el hombre que hace poco conducía ahora los miraba estupefacto y desconcertado. Miró a aquellos combatientes, cuyos rostros parecían una prolongación de sus gabanes de piel curtida, de ásperas expresiones y maneras desabridas como el viento arisco de aquella sierra, y no sabía que pensar. Su razón rechazaba aquel absurdo porque consideraba, aunque estuviera presenciándolo todo, que era imposible viajar en el tiempo o algo que se le pareciese. Pero a pesar de ese irresoluto dilema, las miradas de aquellos hombres eran tan reales e innegables como la de una manada de lobos acosada, e iluminaban la noche como ascuas con la luz inquebrantable de sus convicciones. Aquellos hombres, abrasados por una fe vehemente, febril y ascética al mismo tiempo, habían perdido una guerra y tan sólo la creencia de que no podían volver a perder los mantenía vivos. Los miró con un sentimiento insólito y desconcertante que oscilaba entre la misericordia y la fascinación, entre la piedad y la estupefacción. Sentía que quizá estaba ante una especie de mártires a los que su entrega y obcecación le promovían admiración y espanto a la vez, por lo que de fanatismo conllevaban. Se sorprendió a sí mismo admitiendo que aquello, fuese lo que fuese, tenía existencia real, lo cual era tanto como admitir que se había vuelto loco. Finalmente, apremiado a intervenir, dijo que en efecto la Guerra Mundial acabaría pronto y que el nazismo lo haría con ella, pero que ni los soviéticos ni los americanos liberarían a España de Franco, y que este seguiría convirtiendo al país en una inmensa cárcel durante 40 años. Las risas y el tono de francachela cesó. Aquellos hombres lo miraron con una seriedad fúnebre. Un mocetón revestido con una canana de ametralladora, al que llamaban “Ceferino El Centurión” escupió y se acercó para

preguntarle que él como sabía eso. Que si se lo había contado Queipo de Llano dándole por detrás en la cama, o que si era adivino. Se fundió la gravedad del silencio con nuevas risas. Como pudo respondió: “No. Pero vengo del siglo XXI. Sé que es así. Ojalá pudiera decirnos otra cosa”. Hubo un momento de desconcierto en el que los hombres se miraron entre sí. Hasta que su capitán se empezó a reír. Después no cesaron hasta que se desternillaron todos de risa. Finalmente José Quero dijo:

-Tienes cojones. Me gusta que la gente sea así. Podíamos haberte descerrajado tres tiros por querer tomarnos por lilas y santas pascuas. Pero no. No sé cuáles son tus ideas políticas pero alguien que los tiene así de puestos tiene que ser de los nuestros. Seguro. Así que pues quedarte si quieres. O si quieres, vete.

Intentó disimular que aún le temblaban las manos, consciente de que acababa de nacer de nuevo. Se dio media vuelta y se encaminó hacia su coche. Antes de llegar a él, volvió a escuchar la voz del guerrillero:

-¡Espera!...El perro te lo confiscamos. Y el coche, que aunque es feo de cojones puede sernos de utilidad.

Él intentó convencerles que se quedaran con la furgoneta, pero no con el perro. Hasta que oyó al “Centurión” montar su máuser y apoyándose en el pecho, decirle que era una orden. No tuvo más remedio que obedecer, pero nada más abrirle la puerta el mastín saltó ladrándole a aquel que le encañonaba diciendo:

-¡Coge al perro! ¡Coge al perro o me cago en dios que...!

El perro cayó en el aire tras la descarga. Hubo un disparo más para rematarle. Él se quedó petrificado. Después, al parecer, despertó.

Tres

Llovía lánguidamente. Un hombre conduce una vieja furgoneta amarilla. O es una mujer, no se distingue bien desde esta distancia. El vehículo avanza renqueante por el camino lleno de charcos en medio de la montaña. Es de noche y el ruido ronco del motor se oye acercándose como la respiración sofocada de un fumador subiendo la cuesta. Antes de aparecer la furgoneta tras la curva, vemos los haces de sus faros anunciando su llegada como mariposas de luz atravesadas por la lluvia. Ya casi están

aquí. Pero antes una sombra, una dentellada de tiniebla, una detonación de oscuridad salta en medio del camino. Algo, un animal parece, ha surgido de entre los árboles. Tan rápido como un instinto. Como un deseo que surge del corazón de la oscuridad. Como una mala noticia. Parece un ciervo. Solo es certera su mirada que como un dardo parte durante un segundo la piel arrugada de la memoria. Después vuelve a desaparecer entre las sombras. Todo ocurre tan rápido que él, o ella, sólo atina a dar un volantazo para esquivarle hacia uno de los lados. Un acto reflejo que eligió el lado equivocado. El coche se precipitó violentamente fuera del camino. No había vallas, quitamiedos, empalizadas. Ningún obstáculo que se interpusiera entre ellos y el vacío. Después con la contundencia de un cetáceo que va dando vueltas de campana hasta precipitarse en el profundo abismo del barranco, desaparecen. Más tarde el silencio. Se los tragó la noche. Siguió la lluvia, en su lenta procesión de agua. Al ciervo no le hemos visto más. O sí. Es muy difícil distinguirlos en sus fugaces apariciones. Son tímidos y muy pocas veces dejan que los veamos en la soledad del monte. Y es algo que no está bien. Deberíamos de vernos más a menudo. Me refiero a todos. Ellos ya están aquí con nosotros, y es algo que es de agradecer. Ahora estarán con nosotros para siempre. Han caído como las flores del cerezo que hermosamente el viento aleja, perdiéndose de las ramas del mundo y con serenidad la belleza les ha traído a esta orilla, donde los demás les esperábamos. Hacen una pareja tan adorable que muy pronto se habrán ganado el aprecio de todos nosotros. Lo mismo le ocurrió a un chico joven hace unos, no sé, doscientos años. Aquí, la verdad, se hace difícil calcular el tiempo. Era un joven muy pálido, reservado, callado y triste. Siempre andaba muy trastornado por un amor que perdió o algo así. Una noche de luna llena tomó el camino y se tiró al agua del pantano para venirse con nosotros. Al principio le costó adaptarse. Decía que seguía echando de menos a su amada. Pero todo es cuestión de tiempo. Lo mismo les ocurrió a los guerrilleros. Otros románticos aunque mucho más sociables. Vinieron en grupo, y así siguen. Una noche prendieron fuego al cortijo en el que se escondían con ellos dentro. Todos calcinados. Y se vinieron juntos, como una piña. Y podría hablarles de otros casos, pero para que aburrirles con más historias. Quizá sea más fácil que vinieran ustedes mismos. Solo tienen que perderse por ese camino y, quien sabe, tal vez la noche les traiga aquí, donde les esperamos. Desaparecer, perderse, desaparecer. Por ese otro camino.

Y no se preocupen por sus huellas. Todo recuerdo lo borra la lluvia, lo traga la tierra.